

LUZ TRAS LA OSCURIDAD.

En un mundo completamente diferente, un joven oso de aproximadamente 20 años con apariencia antropomórfica, vive en una pequeña cabaña en el bosque. Lo destaca un pelaje amarillo brillante con algunas partes más pálidas y otras partes de verde que contrastan bien con el amarillo, tenía hojas verdes como cabello, muy común en su mundo. Vestía camisa blanca remangada hasta los codos y unas bermudas de color beige pastel que combinaban con su pelaje, no traía calzado, pues no necesita. Su casa era de madera, suficientemente pequeña para que viva una sola persona, tenía cocina y habitación, en el exterior de la casa había dos letreros, el primero decía: “Hogar de Moúro Fos (pronúnciese “Muro”), cualquiera es bienvenido”; el

segundo letrero ofrecía vegetales, verduras e insectos para vender. En la parte trasera de la casa plantaba las frutas y vegetales.

Dentro hay un montón de libros sobre un estante y al lado plumas y lápices, sobre el mesón de la cocina tenía criaderos de insectos.

Moúro siempre fue bastante tímido y reservado desde cachorro, muy diferente de los demás niños de su aldea con los que nunca jugó por decisión propia. Sus padres lo educaron bien hasta los 4 años, lo comenzaron a ignorar y descuidar por la personalidad de Moúro a pesar de lo educado y responsable que era. A los 7 años comenzó a leer libros para estudiar. 5 años después murieron sus padres al regresar del trabajo, los había atacado un insecto gigante. La gente de la aldea lo apoyó dándole alimento, pero Moúro consideró extraña la actitud de ellos, pensando que lo querían envenenar y nunca fue así. Al año había construido su propio hogar alejado de la aldea. El desarrolló está

personalidad antisocial debido a sus padres, y aún así, el chico nunca fue una persona de mal. Moúro aprendió demasiado de los libros y descubrió cómo rendir los alimentos al cruzar ciertas especies de plantas e insectos con ciertas características, haciendo que los productos tengan mejor calidad.

A Moúro le desagrada la gente de su aldea, pero no le gusta para nada, ni un poco vivir solo. Siempre sintió que los demás lo aborrecían.

Un día cualquiera, alguien tocó su puerta y Moúro abrió. El que tocó la puerta era un conejo marrón pálido, aparentemente de 18 años, con pelaje más claro que iba desde su entrecejo hasta el cuello. Viste una camisa blanca de manga larga y ancha algo sucia y descuidada, y un pantalón marrón muy oscuro.

—Buenos días, joven ¿Qué se le ofrece? —
dijo el oso.

—Buen día, vengo aquí para que sea mi maestro. —el conejo no esperaba que el otro fuera tan joven.

—¿Disculpe? —el oso se sorprendió por la repentina petición—. Eh... lo siento, muchacho, no soy maestro.

El oso cerró la puerta fuertemente, y mientras se preguntaba cómo es que sabía de su inteligencia si el conejo no es de su aldea, el pequeño volvió a golpear la puerta y Mouro abrió.

—Muchacho, ¿cómo es que sabe de mí?

—Me llamo Kakáo Kafés, de la otra aldea a 15 km. Me enteré de usted por los alimentos que han llegado a mi aldea.

—¿En serio? Qué sorpresa.

Hubo un incómodo silencio hasta que Kakáo rompió el sonido vacío:

—Bueno, ¿pero sí podría enseñarme, señor?

—Mmm... ¿Por qué quieres que te enseñe?
Y no me llames señor, no soy tan anciano.
Llámame Moúro.

—Pues le prometí a mis padres que haría
algo grande y quiero demostrarlo. Así que,
por favor, enséñeme... Y tengo 18, por
cierto.

Kakáo logró convencer a Moúro, así que el conejo
se mudó con él y el mayor le comenzó a dictar
clases: matemáticas, ciencias naturales, escritura.
De repente, en una conversación entre ambos,
Moúro le confesó algo en una de sus clases:

—A veces quisiera ser una roca, árbol o
insecto.

—¿Por qué? —preguntó Kakáo.

—Porque no tendría consciencia, entonces no tendría emociones por las cuales sentirme solo.

Con el tiempo, la confianza fue creciendo así como el conocimiento de Kakáo. Moúro le pedía a su único alumno y amigo ciertos materiales para sus experimentos no muy lejos de ahí. Kakáo, aunque muy extrovertido y desordenado al contrario del oso, empatizó con el oso que le contó sobre su vida. Pronto, el conejo encontró unos apuntes sobre una teoría que podría sentar las bases para convertir carbón en oro, este emprendió una búsqueda en solitario en lo profundo del bosque para buscar los supuestos materiales que se necesitaban según esta teoría.

Ese mismo día, Moúro había ido no muy lejos a hacer investigaciones de fauna y flora, al volver a la casa encontró y leyó la carta que le había dejado el conejo. Inmediatamente salió con un machete y su mochila y corrió siguiendo los rastros de Kakáo.

Ya era tarde y llevaba bastante tiempo buscando al pequeño. Con un nudo en la garganta y cansado empezó a pensar en la muerte de sus padres, que aunque siempre los despreció, siente culpa por su muerte. Además, finalmente había conseguido a un amigo, no lo quería perder, no quería estar solo de nuevo.

—¡Estúpido conejo! —gritó y empezó a llorar tirándose al piso.

De repente, escuchó un grito de era Kakáo. Corrió rápidamente hacia la fuente de los alaridos. Encontró a Kakáo tirado y herido en el suelo frente a un lagarto alado gigante, el oso le cortó con el machete la cabeza a la criatura.

Móuro se tiró a abrazar a Kakáo llorando. Era un milagro que siguiera vivo. Ambos lograron llegar a casa, Móuro lo curó sobre su cama.

Ninguno de los dos habría pensado que se encariñarían tanto. La soledad fue un diluvio que

parecía interminable en la vida de Moúro, Kakáo
fue el sol y el arcoíris que terminarían con ello.

Después de todo, hay una fuerza invisible que
impide que exista la soledad, tal como un átomo
busca otro para ser una molécula. Siempre habrá
una luz al final de ese oscuro camino, la felicidad.
FIN.

AUTOR: Hito.